

Payar, Payadas, Payadores

Por LEÓN BENARÓS

Ninguna mitología de Buenos Aires —o, más extensamente, del país— quedaría completa sin la imagen, alternativamente melancólica y poética o altiva y rebelde, del payador. Siempre habrá un persistente "trovero", un dolido "paria", un improvisador porfiado, un ser a destiempo, dispuesto a rimar al son de la guitarra —acompañándose por milonga, por cifra o por vals—, cantando temas propios, indicados por el público o bien respondiendo con ingenio a las preguntas de un adversario, para que "el último payador" no desaparezca.

¿Por qué, en la época de las computadoras, los satélites artificiales y la inminente conquista de la Luna, nos conmueve todavía el arte del payador? ¿Qué resto de romántica comprensión nos hace ser benevolentes hacia esos seres de la con frecuencia tropezada rima, del dilataste obligado para emparejar la décima sonora o de la respuesta a veces desmandada y absurda? Ellos eligieron la vida peligrosa, con heroísmo oscuro. Decidieron ser lo que eran: morir, sobrevivir o vivir del canto, pues no fueron ni quisieron ser otra cosa que payadores. Esa fidelidad —fatalidad, quizá— de un destino, los unge, a nuestros ojos, de cierta grandeza imprecisa. Es esporádicas funciones de teatro, en andanzas de eventual contrapunto, los payadores sobrevivientes se emperran en sostener los laureles, aparentemente marchitos de la payada. "El último payador" no quiere desaparecer. Y siempre queda un "último", que perpetúa, por más que sea con languidez, la progresión infinita.

Des explicaciones nos proponemos para justificar la persistencia entre nosotros —tal vez desfalleciente pero no muriente— del payador. Primera: la inexcusable compulsión al contrapunto y a la rima improvisada que clienta todavía en la sangre de unos pocos. Segunda: el prestigio con que ellos se ven ante sus propios ojos, quizá con alguna inocencia. Mal o bien —y a despecho de urgencias del diario vivir— creen salvar su altivo penacho, su airón. Por otra parte, una prestigiosa tradición, aumentada con lauros que su sentimentalismo lleva a la desmesura de lo glorioso, cubre las espaldas de los sostenedores de la batalla payadoresca. Y en último término, su gesto podría tener la belleza de una causa aparentemente perdida.

Puntualicemos algunas motivaciones que nos llevan a la aceptación y aún al gozo del espectáculo del contrapunto. Por una parte, nos reflejamos libres en el hombre libre que llega al escenario dispuesto a cantar y a pensar en voz alta, volcando su caliente sentir, arriesgando, opinando, comprometiéndose. Por otra, el espectáculo de la rima improvisada se parece al propio nacimiento de la vida, al abrirse de la flor, al despuntar del brote, y es lindo ver cómo la vida nace. Y, por fin, no poco de suspenso, de emoción expectante, nos propone el hombre que a cada momento se halla en riesgo de triunfo o fracaso, a merced de los bienes de su memoria o su ingenio, en el azar urgente de la improvisación.

Los payadores responden a géneros diversos. Unos son ya míticos, legendarios, remotos, como Santos Vega, aunque la real existencia de éste parece probada. Otros

pertenecen a una tan intensa vida de la letra escrita, como Martín Fierro y su moreno contrincante, que la fábula se les vuelve carne y hueso. Los de un pasado rural van de pulpería en pulpería, cantando porque sí, jamás por precio. El sobreviviente payador ciudadano, en especial el de comienzos de nuestro siglo, se allana a la ineludible profesionalización. Su dignidad se mantiene enhiesta, aunque "pase el platito", convoque adherentes en el comité o atraiga compradores en algún pretérito remate de tierras.

¿Qué es, en suma, payar entre dos? Una tensión que estalla. Un sopesarse y medirse dos adversarios en el contrapunto, vistoso de ingenio que alguna vez epilogó en la bronca declaración unilateral del derrotado: "Ahora vamos a ver quién 'paya' mejor con el cuchillo".

La voz payar tiene sentido bivalente. Paya quien improvisa sobre un tema propio o el que se le propone, y es payador de contrapunto quien, también en verso y acompañándose con guitarra, responde a las preguntas que el adversario le formula.

El repertorio de la payada es tan dilatado como el universo: la noche, las estrellas, el mundo, el destino, el

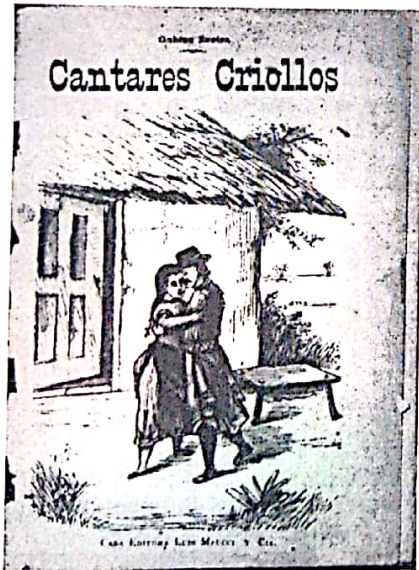
Gabino Ezeiza



amor, la mujer. Incluye realidades y abstracciones, y puede derivar de lo metafísico a lo picaresco. No elude siquiera ni los peliagudos asuntos de la economía, las finanzas, las matemáticas superiores. En cierta ocasión, y por chusco pedido de alguien del auditorio, el payador Luis García —moreno que, ya octogenario, nos anotició, con secreto orgullo, del caso— debió pagar sobre la última emisión fiduciaria y aún sobre la teoría de la relatividad. A todo se allanaba, con tanto coraje como ingenio, el veterano payador, quien, acometido en sus años finales por una insólita vocación filosófica, nos confesaba, como haciéndonos depositarios de una contraseña: "Yo soy kantiano...".

Payador —según Lugones— es sinónimo de preyador, en lengua provenzal el que preya o ruega a su dama, trovando al compás de un presumiblemente instrumento. El chileno Zorobabel Rodríguez pretende que payador o pallador deriva de ppaclla, voz que en lengua quechua tiene el significado de "campesino pobre".

El simple payador improvisa sin contendientes. Canta desgracias, catástrofes, alegrías, injusticias, penas de amor, caudillos cívicos, rebeldías proletarias, batallas nacionales, héroes. El payador de contrapunto ejercita su ingenio ante un rival, al que a veces busca y desafía, para probarle la fama. En la forma estrófica de la payada caben con preferencia la cuarteta y la décima, pero no se excluyen otras formas, por puro alarde. A veces se improvisa a media letra, debiendo completar el rival la estrofa comenzada, de modo que el todo tenga coherencia. En otros casos, la improvisación encadena las décimas, comenzando el que responde con el último verso de la décima de su contrincante.



Antigua edición de Gabino Ezeiza

De la extensa mitología porteña del payador, dos nombres han quedado ineludibles: Gabino Ezeiza y José Bettinoti.

Ezeiza era un moreno grave, de voz engolada, emotiva y sensible, un tanto semejante a la de los negros cubanos. Tenía señorío y altivez. Casó con Petrona Peñaloza, bisnieta del Chacho, el famoso caudillo riojano. Dejó en vida ocho hijos —cuatro varones y cuatro mujeres— a quienes bautizó con nombres progresistas e iluministas, y le nació una hija póstuma: Diana. Gozó de los favores de la fortuna, en premios de lotería, y la misma fortuna se los dispersó el viento. Fue llamado "el clarín del radicalismo". Sus adversarios políticos quemaron un circo que había adquirido, teatro de sus glorias. Llegó a grabar en aquellos cilindros pretéritos, precursores del long play, y en discos de hoy casi imposible

José Bettinoti, según un aviso publicado en "Caras y Caretas"

ATLANTA - DISCOS - ATLANTA

DOBLE FAZ \$2.50⁰⁰ DOBLE FAZ \$2.50⁰⁰

SON LOS MEJORES DEL MUNDO SON LOS MEJORES DEL MUNDO

"ATLANTA"

Arabaron de llegar las últimas producciones de las que él es autor y cantadas por el mismo, con acompañamiento de guitarra.

70. Pobre mi madre querida	71. Calle el Tránsito
72. Buenos Aires	73. Cuando cantaba
74. Buenos Aires	75. Buenos Aires
76. Buenos Aires	77. Buenos Aires
78. Buenos Aires	79. Buenos Aires
80. Buenos Aires	81. Buenos Aires
82. Buenos Aires	83. Buenos Aires
84. Buenos Aires	85. Buenos Aires
86. Buenos Aires	87. Buenos Aires
88. Buenos Aires	89. Buenos Aires
90. Buenos Aires	91. Buenos Aires

CATALOGO GRATIS, pídalo a sus amigos representantes.

AMENDOLA & Cia.
774. ESMERALDA, 274 - Buenos Aires
Cra. 2001, 2002, Central. Unión Telef. 404. Línea 4

hallazgo. Uno de sus hijos, aficionado al deporte de tirar la bala, dio, con penosa mala fortuna, con la pesada esfera de hierro en medio de un baúl en que guardaba su colección de discos del padre. Sólo algunos privilegiados coleccionistas podrán, tal vez, suplir en parte esa pérdida.

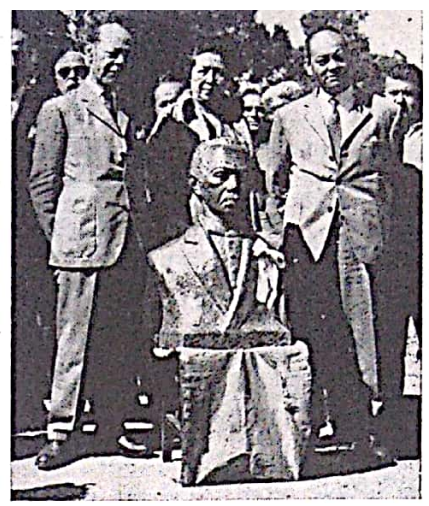
Nacido en Buenos Aires, en el barrio de San Telmo, en 1858, Gabino recibió la tea sagrada de manos de Pancho Luna, un pulpero y payador de los tiempos de Rivadavia, instalado en el barrio. La invitación al joven moreno trazó los rumbos de la vida de Ezeiza: "Cante, amigo, a ver la voz que tiene". En la alcanzada guitarra invitadora Gabino halló que se le abría un mundo, ya inclinable. Su historia tiene hitos que le fueron gloriosos: su circo "Pabellón Argentino", su amistad con Alem, la estrofa memorable con que, en un pueblo del Uruguay, trocó en ovación la sorda hostilidad del público: "Heróica Paysandú, yo te saludo / hermana de la patria en que nací...". Su contrapunto con el payador Pablo Vázquez lo halló en su cenit. Después vinieron los años de inopia y necesidad, los recuerdos en su modesta casita de la Calle Azul, la vejez, la muerte. El mismo día en que Hipólito Yrigoyen asumía la presidencia de la República —12 de octubre de 1916— Gabino Ezeiza moría, a las cuatro de la tarde. El mandatario de la "Causa" comentó, apenado: "¡Pobre Gabino! El sirvió...".

José Bettinoti —apellido que algunos simplifican, sin duplicar la t— fue, de algún modo, un "descubrimiento" de Gabino Ezeiza, y su confesado y mejor discípulo. También es cierto que supo criar alas propias. Era un mozo pálido y delgado, de abundosa cabellera lacia y grave mirar. Las recopilaciones de sus cantos —"De mi cosecha"; "Lo de ayer y lo de hoy", entre otros folletos— no dan toda la dimensión de su tono, por instantes sensiblero, a veces patriótico, también cívico, alternativamente lamentoso o levantado, y aun con la insólita nota —por cierto feliz— de algún poema en lunfardo. Una de sus más eficaces décimas es la que impetra: "Restalle en el diapason/de todo criollo instrumento/el prelude que es lamento/ y es blasfemia y es canción,/ reviente del corazón/ a un tiempo el odio y el bien/ y en confundido vaivén/ vibre en bética elegía/ el verso de Echeverría/ y el rayo de Leandro Alem". Su más divulgada nota, sin embargo, es la de "¡Cuánto sientol", esa aire de vidalita más conocido por su comienzo: "¡Pobre mi madre

querida!", y que tanto se popularizó, aun con el agregado de cinco estrofas que un autor oficioso agregó a las nueve originales de Bettinoti.

De torneador de tacos de madera para zapatos Luis XV, José Bettinoti, nacido en Buenos Aires, en 1878, se lanzó a riesgosa carrera del payador, que era como cambiar gloria por indigencia. Triunfó sin hacer, por supuesto, fortuna. Permaneció pálido y taciturno aun en sus momentos de más brillo, voladora la amplísima corbata negra, lacio el cabello, afilado el rostro. Lo consumieron la noche y la tisis. Ya moribundo, se alzó aun, para decir a su compañera: "¡Coraje, María!..". Su sueño yace bajo la losa que exornan barroicamente, en la Chacarita, su busto, una guitarra de mampostería, un funerario paño de rigidez escultórica. Manuel J. Aparicio, caudillo mitrista del barrio de San Carlos, lo protegió con gesto que el payador agradeció. Bettinoti cantó composiciones de Andrés Cepeda, el oscuro presidiario conocido con el alias policial de "Cantos tristes". Valses de penetrador romanticismo finisecular "¡Qué me habrán hecho tus ojos", entre otros, con aquel conocido comienzo: "tu diagnóstico es sencillo/ sé que no tengo remedio", o bien otros de impacto popular entrañable, como el que empezaba: "Como quiere la madre a sus hijos" ... calan hondo en el sentir del pueblo.

Payadores, payadas: viejos cafés, con sus sillitas de Viena; tabladillos improvisados y pobres. Olor de jazmines en las tapias de ayer ... Algo —mucho, seguramente— de Buenos Aires llega con ellos en el recuerdo, permanece con ellos ...



Familiares de Gabino Ezeiza, junto al busto del payador, en el Cementerio de Flores (1960)



Etiqueta de un disco de Bettinoti

MATADEROS Y SU IMAGEN DE LA TRADICION GAUCHESCA

Por JOSÉ BARCIA

Cuando Manuel Búba, en "Tradiciones y recuerdos de Buenos Aires" describe los caminos de acceso a la capital del virreinato del Río de la Plata en la época de la colonia, destaca que el que procedía del Sur, por el Paso de la Noria, luego de atravesar las chacras de Letamendi, Rufino y Arroque, se unía al llamado de Las Tropas, cuyo rumbo se encontraba más al Oeste, por donde discurría el arroyo Cildáñez —ahora recluso, como el Maldonado, en una cilíndrica cárcel de cemento—, cerca de los Mataderos de Liniers. A partir de ese punto, continuaba con el nombre de "Camino de la Arena", costeando el Riachuelo y en su derrotero debía cruzar la Chacarita de los Franciscanos.

No cuesta mucho imaginar la geo-

grafía agreste y solitaria de aquellos parajes, situados poco menos que en uno de los extremos del mundo para quienes se afincaban en las inmediaciones de la Plaza Mayor. Configuraban la pampa desmesurada de llanura y desolación, y si no se puede agregar desértica, era porque aquella senda polvorienta poblábase por momentos de las voces roncadas de los arrieros y de los quejumbrosos mugidos de vacas y terneros. Habría de transcurrir largo tiempo antes de que el paisaje silvestre fuese devastado por el empuje civilizador y la arremetida edilicia, porque todavía a principios del siglo actual no era sino una ínsula que, aunque perteneciente al ejido ciudadano, regíase por un estilo de vida rural, con todos los hábitos propios

del hombre que ha hecho de su libertad una suerte de imperio personal absoluto.

Ahora, claro, Mataderos compone, como los demás barrios porteños, la imagen del adelanto urbano, con calles pavimentadas a las que alumbra de noche la luz de los focos y el relampagueo de los carteles comerciales, edificios de departamentos, escuelas, negocios, instituciones de la más diversa índole y, en fin, el conjunto de todo cuanto hemos convenido en calificar de progreso. Aún así, no resulta muy arduo advertir que más allá de su fisonomía prolijamente ordenada según los reclamos del bienestar colectivo, subsiste cierto espíritu de su pasado bravo, menos en las formas externas de las cosas que en el diluido fondo de un